



## ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.	PUNTOS DE SUSCRICION.	20 de Julio 1878.	PRECIOS DE SUSCRICION.	NÚM. 8.
	<p>Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39. Madrid, en las principales librerías. Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.</p> <p>No se devuelven los originales que no se utilicen.</p>		<p>En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas. En toda España y Portugal, trimestre, 7 pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 » En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »</p> <p>Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.</p>	

### SUMARIO.

GRABADO.—Retrato de D. Luis Gonzalez Brabo.  
TEXTO: La pequeña política, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Crónica mensual, por A. BORREGO.—Las revoluciones, por SERVANDO A. DE DIOS.—Poesías: A S. A. R. la Serma. Sra. Duquesa de Montpensier, por PATROCINIO DE BIEDMA.—A mi esposa en el aniversario de la muerte de nuestro hijo, por MANUEL REVILLA.—La vision pri-

mera, por RAFAEL OBLIGADO.—El pié de mi ninfa, por ELÍAS MUGICA.—A Patrocinio de Biedma, por ENRIQUE GILLIS.—¡Pobres niños!, por J. P. DE BARCELONA.—Andaluces ilustres: D. Luis Gonzalez Brabo, por la Redaccion.—Una boda, por EMILIO CASTELAR.—La sierra de Córdoba, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Noticias.—Anuncios.

### LA PEQUEÑA POLÍTICA.

**Q**UOSTUMBRE es de todas las épocas y de todas las sociedades fijar su atención en lo que revela cierta grandeza, y alejarla con desden de lo que, por ser más modesto y pequeño, aunque no de menor utilidad para la vida social, se oculta en el fondo de las familias y ejerce desde el hogar su poderosa influencia; ocupados de la gran política, de esa política militante que hace y deshace leyes; que fija reglas; que impone dogmas al pueblo; que gradúa, en fin, la marcha de la humanidad al compas de su capricho, olvidan donde crece el plantel de los nuevos políticos que han de sucederles en su efímera soberanía, y no se fijan en las condiciones en que aquellas cualidades, en germen, se desarrollan.

Allí donde se educa al niño, allí donde nacen sus sentimientos, pudiera buscarse siempre la raíz de sus impresiones.

La masa vital se impregna de la atmósfera en que se forma, y sería en vano el intentar despojarnos de nuestros recuerdos y nuestras convicciones, adheridas á nuestra vida como una parte de la vida misma.

Ahora bien; los primeros pasos en la vida política son siempre vacilantes: por qué?

Porque la política, esa gran ciencia de las sociedades modernas, carece de principios fijos, carece de escuela.

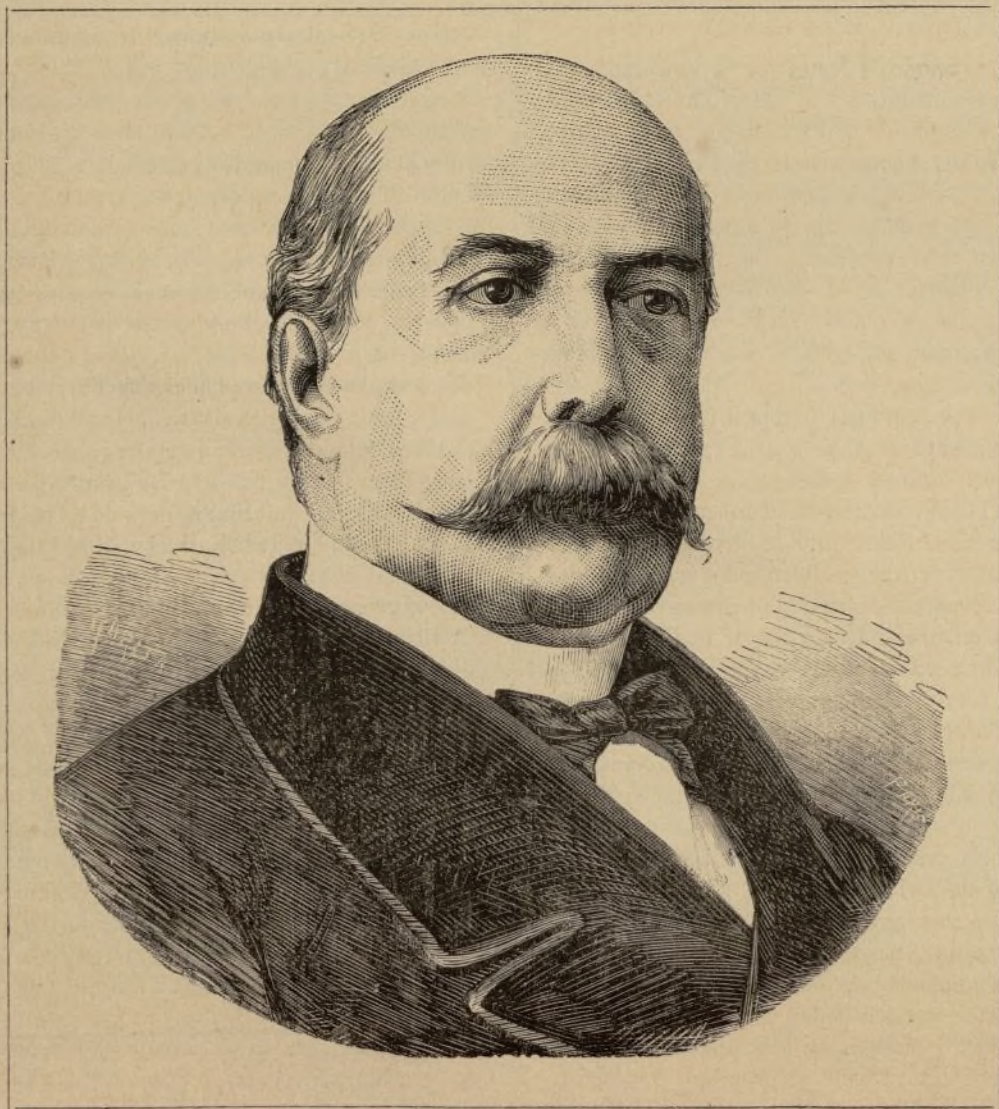
La enseñanza política es siempre, no la lección que se estudia, sino la impresión que se siente.

La política no tiene historia; sus actos sí.

Se describe en sus menores detalles una guerra, y nadie consigna para el porvenir, como ejemplo y advertencia, la lucha de una idea política, en que triunfó un derecho, ó quedó abolido un deber.

Este olvido, esta omisión, es incomprensible. Si se aprende ante el espectáculo de la fuerza, cuánto no se aprendería ante el de la inteligencia?

La política es una intuición ó es una ciencia? En el primer caso debe ser inestable, y no



D. Luis Gonzalez Brabo.



tiene condiciones de colectiva, porque es imposible templar unísonamente á millares de pensamientos y millares de corazones; en el segundo, si es ciencia, por qué no se estudia?

La política hace las leyes, y estas leyes encuentran cátedras, cuando no las tiene la idea de que nacieron.

Esto es irregular é immoral.

La política, como ciencia viva, como la más trascendental de todas las ciencias, debe constituir un estudio sério y complicado, debe formar una carrera, para la cual se necesiten grandes facultades intelectuales.

Las pruebas á que la política somete á sus adeptos, no son suficientes.

Un alto puesto puede tomarse en un hábil ó atrevido asalto, sin condiciones para ocuparlo.... ¿y quién responde ante la nación de los gravísimos males que pueden surgir?

La política se hace prácticamente, y creemos que se haría un gran bien procurando su estudio en teoría.

La inteligencia débil del niño no podría abrazar sus grandes problemas, pero se prepararía para comprenderlos más adelante, como si no puede resolver los que las matemáticas les presentan, adquiere una noción de lo que ellos son.

La política, analizada, estudiada, perdería acaso su parte irritante de personalismo, por que allí estaría representada una idea, y el pueblo acata el saber, como odia la ambición.

Quién murmura de que en unas oposiciones se dé una cátedra al más apto? Quién siente que en un certámen se lleve la palma el más inteligente?

Pues hágase de la política un certámen público en que todo se alcance por la justicia, y nada por el favor.

Premiese con sus altos puestos al de más inteligencia en la idea gubernativa, administrativa y moral, al que mejor resuelva el problema del bien público, pero nunca al más audaz y atrevido.

Enséñese política como se enseña filosofía, y esta enseñanza constituirá la *política pequeña*, que prepare la inteligencia desde su desarrollo, para la *gran política*, para la política del poder, que impulsa á su voluntad las sociedades.

No se admita al neófito sin pruebas en esa grandiosa asociación que dirige hoy los destinos del mundo.

Como hay historia religiosa, historia literaria, historia científica é historia filosófica, créese la historia política, que acaso enseñe más que todas las otras.

Pero no se escriba esta historia con los hechos aislados, ya adversos, ya favorables, á un sistema, sino con las ideas que prepararon el hecho; con las esperanzas que se desvanecieron; con las creencias nuevas que se adoptaron.

Que sea esa historia más que la letra muerta de la palabra escrita, la palabra viva que difunde el sentimiento y la conciencia.

Ah! si la pequeña política de las escuelas y del hogar se iniciara, si se enseñara á *ser políticos*, cuan distintamente miraría el pueblo, que forma el gran fondo del cuadro, esa que hoy se llama *escala de ambiciones*?...

Por qué no se intenta?...

El bien moral y material de las naciones, que la política tiene en sus manos, vale la pena de no estar á merced del primer atrevido ó el primer revolucionario; vale la pena de constituir un estudio sério, que sea á la vez que galardón del que reciba como sagrado depósito un alto cargo, garantía para el que lo dá de que será desempeñado con acierto.

PATROCINIO DE BIEDMA.

#### CRÓNICA MENSUAL.

No han variado desde nuestra última reseña los hechos de carácter público culminante, que en el mes anterior afectaban la situación general de Europa, y la de España en particular.

Las deliberaciones del Congreso de Berlín, todavía entonces en estado de embrión, han llegado á su término cancelleresco, y por nuevas que parezcan ser algunas de las resoluciones á que ha venido el concierto europeo, no por eso dejan de hallarse aquellos dentro de las condiciones que afectaban la situación de las potencias deliberantes, resoluciones que por lo demás se hallaban al alcance de los hombres políticos de reconocida competencia.

Pocas cuestiones eran tan claras como la que envolvía la dificultad legada por el estado de cosas en que se encontraban las regiones de Oriente, desde que dejó de ser cuestionable el estado de descomposición en que había venido á parar el imperio otomano. Debilitado y casi disuelto el poderío de aquellos turcos, que un día amenazaron la independencia de la Europa occidental, decaimiento que inició la gloriosa jornada de Lepanto, las rivalidades de las grandes naciones de nuestro continente venían siendo el único dique que se oponía á la inevitable transformación á que están llamadas las regiones que bañan las costas del Mediterráneo y del mar Negro. El histórico desenvolvimiento que desde el reinado de Pedro el Grande ha venido adquiriendo el poder de la Rusia, comenzó hace un siglo el desmembramiento de Turquía.

La poderosa mano de Napoleon I. contuvo á principios del siglo la irrupción moscovita en los dominios del sultan, y desde 1815 hasta el día las rivalidades de los gabinetes impidieron que en las frecuentes guerras sobrevenidas entre Rusia y Turquía, no se realizara lo que en 1878 han estado á punto de consumir las victorias de los moscovitas.

El último esfuerzo de la diplomacia para contener la disolución del imperio de los Osmonlis se debió á la alianza anglo-francesa en la guerra de Crimea en 1855.

Todavía pudo entonces haber encontrado una situación conciliadora de los intereses generales, el tratado de paz de París de 1856, si la alianza anglo-francesa hubiera llenado las condiciones á que estaba destinado.

Ocasión he tenido de demostrar en las columnas de esta revista los medios que al efecto hubieran podido emplearse. El nudo de la dificultad, el problema que había que resolver consistía en conciliar la conservación geográfica del imperio otomano con la emancipación, ó por mejor decir, con la autonomía administrativa de las diferentes razas que vivían bajo la dominación otomana. En el libro á que diferentes veces tengo hecha referencia, *La guerra de Oriente de 1854*, se expusieron los arreglos conducentes á la antedicha conciliación, pensamiento que últimamente ha hecho revivir la prensa europea, proponiendo medios perfectamente idénticos á los expuestos en el antedicho libro. Pero el egoísmo y las vacilaciones de Napoleon III, inutilizaron las consecuencias, de permanente y general interés que hubieran debido sacarse de aquella guerra, y la dificultad quedó en pie expuesta á las eventualidades de la primera ruptura que sobreviniese entre el sultan y el czar de Rusia.

Un hecho nuevo y de inmensa influencia sobre los destinos de las naciones vino á complicar la situación general del mundo civilizado. La guerra de 1866, que abatió el poderío del Austria, seguida de las catástrofes de la Francia, hicieron surgir el restablecimiento del imperio alemán y poner, de cierta manera, en sus manos, las eventualidades que encerraba el vacilante estado de Oriente. Lo que se ha llamado la alianza de los tres imperios, ó sea el concierto entre Rusia, Alemania y Austria, se sustituyeron al desvanecido predominio de la efímera alianza anglo-francesa, é hicieron depender de las dos primeras de estas potencias el giro que tomase la primera ruptura, fácil de preveer, entre Rusia y Turquía.

La mano de la primera de estas potencias suscitó los disturbios de la Bosnia y de la Herzegovina, preliminares de la guerra entre Serbia y Turquía, que sirvió

de prólogo á la entrada en campaña de Rusia con el deliberado propósito de dar cumplida la emancipación de las razas cristianas, súbditas de la Puerta, programa ostensible, pero que en realidad conducía al engrandecimiento de la Rusia, á dejar establecida su preponderancia sobre las poblaciones subyugadas por los turcos, dando á la cuestión de Oriente un desenlace decididamente favorable á las aspiraciones de la raza slava que capitanea la Rusia, y en cuya unificación funda los gigantescos proyectos que la diplomacia había tratado de contener.

La última conferencia de Constantinopla, predecesora de la guerra á que ponía término el tratado de San Stéfano, cometió á sabiendas ó equivocadamente el error de consentir que la Rusia sola y exclusivamente se encargase de mejorar la suerte de los cristianos súbditos del sultan, y hemos visto á los rusos á las puertas de Constantinopla, y traída en toda su desnudez ante la vacilante Europa la crisis de Oriente, en términos tan ineludibles que parecían hacer inevitable la guerra general.

La tarea del Congreso de Berlín ha consistido en evitar que esta guerra estallase; ¿pero por qué medios lo ha conseguido? desmembrando á Turquía, arrancándole la Bulgaria, desposeyéndola de todas sus plazas fuertes sobre el Danubio, consumando la completa emancipación de la Rumania, de la Serbia y del Montenegro, arrancándole una buena parte de la Armenia, secuestrando á beneficio del Austria la Herzegovina y la Bosnia y haciendo más que probable ántes que pase mucho tiempo la anexión á Grecia de la Tesalia, de la Macedonia y del Epiro.

En presencia de hechos de esta magnitud ¿cabe decir seriamente que no ha dejado de existir el antiguo imperio otomano? Gran ruido está produciendo el tardío é insuficiente correctivo que á la completa disolución de este imperio trata de oponer Inglaterra por medio de su reciente convenio ó tratado con Turquía, en cuya virtud se compromete á defender con las armas el territorio asiático de aquella potencia, siempre que esta parte de sus dominios se viese nuevamente amenazada por Rusia; á cuyo efecto el Sultan entrega á los ingleses la isla de Chipre en calidad de depósito, y como posición favorable para que Inglaterra pueda ejercer la vigilancia consiguiente al protectorado del territorio asiático, que aún conserva Turquía.

No me detendré á examinar la crítica á que está dando lugar el convenio anglo-turco.

El gabinete de Londres, al que había valido grande autoridad y crédito la célebre nota diplomática de lord Salisbury, por la que colocando á Inglaterra en la actitud de sostenedora de los tratados existentes, ha descendido en cierto modo de aquella ventajosa posición, entrando en negociaciones con Rusia y ajustando con ella la parcial avenencia que nos fué revelada por el posterior *memorandum* anglo-ruso, de que tanto se ha ocupado el público.

No es dudoso que para haber sostenido su primitiva, desinteresada y enérgica situación, Inglaterra necesitaba haber contado al entrar en el Congreso de Berlín con aliados dispuestos á defender los puntos de vista del despacho de lord Salisbury, pues de no tener aliados veíase obligada á reducir su acción á sus propios y exclusivos medios de sostener la política de que hizo alarde al rechazar el tratado de San Stéfano.

A situación análoga á la que indico, ha debido creer hallarse reducida Inglaterra, al contraer los compromisos que le impone su reciente convenio con Turquía; mas sin detenerme tampoco á examinar si dicho convenio coloca ó no, al gabinete de Londres en situación de defender eficazmente las posesiones que en Asia conserva todavía Turquía, aún conseguido que fuese este objeto, no quedarán por él asegurados los intereses británicos, ni los generales de Europa en el caso de futuras guerras, toda vez que la Rumelia, Constantinopla y los Estrechos, como también los territorios que en Europa quedan á Turquía, se hallarán expuestos á nuevas agresiones de Rusia, sobre todo si esta consigue en sus venideras contiendas con Turquía tener por aliadas á Austria, Alemania é Italia.

Problema digno de fijar la atención de los estadistas es el de determinar sino habría sido más conveniente para Inglaterra, aceptar en la actualidad una



guerra con Rusia, que el aplazarla para la época en que crea poder emprenderla contando con aquellas alianzas.

Como quiera que sea, la existencia de lo que queda en pié del imperio turco entra en un período de debilidad que no podrá aplazar por muchos años el inevitable día de la liquidación final, en la que no será posible dejar de hacer entrar la suerte de Constantinopla, del paso de los Dardanelos y de las costas del mar Egeo.

El más inmediato fruto que de la obra del Congreso de Berlín puedan sacar los intereses generales de Europa, habrá de depender de lo que del mantenimiento de la paz, ó por mejor decir, del aplazamiento de nuevas guerras, pueda esperarse, á efecto de que se modifique en términos sensibles la general crisis comercial que trabaja todos los pueblos de la culta Europa y que según los mejores datos alcanza á Inglaterra, á Alemania é Italia, y sólo se mitiga respecto á Francia en razón al movimiento vivificador, que en esta última imprime el numeroso público atraído por las novedades de la Exposición.

Y dejando ahora donde realmente se hallan las cuestiones de política exterior ¿qué diremos de las domésticas? La inesperada cuanto lamentada muerte de la reina Doña Mercedes ha producido un duelo universal, y no ya de aparato y por decirlo así oficial, sino duelo real y vivamente sentido por la generalidad del pueblo, duelo del que han dado inequívocos testimonios todas las clases del vecindario de Madrid, y más particularmente las clases más humildes.

Hábil habría sido de parte del Gobierno, con motivo de tan universal expresión del sentimiento público, en asunto tan personal para el monarca, haber puesto en boca de éste alguna manifestación de simpatía y de amor hacia un público que tales testimonios de lealtad y de afecto había hecho resonar en favor de la malograda reina. Quizás no habría sido estrictamente constitucional que el Rey hablase á su pueblo por sí solo y por su cuenta; pues si bien es cierto que lo que el Rey no puede hacer sino por el órgano de sus ministros, esto es, mandar, disponer, consignar actos que en su aplicación se rocen con los intereses públicos y con los derechos de sus súbditos, puede un Rey sentir y llorar con su pueblo, cuando este pueblo llora con su rey, y aunque esto no fuese rigurosamente parlamentario, habría sido muy español y producido un excelente efecto.

La política del ministerio acaba de ser nuevamente sometida á un público debate con motivo de la moción que ántes de ayer inició en el Congreso la enérgica y elocuente voz del Sr. Leon y Castillo. Las oposiciones parecen cansadas de esperar que el Gobierno se decida á navegar en sus aguas, y no quieren que la legislación se cierre sin recapitular un resumen de cuentas con el gabinete, haciendo constar que no se halla la oposición en ánimo de contentarse con el papel de comparsa que en el mecanismo constitucional le tiene reservado, como proveedor parlamentario de la situación, el gran confeccionador de representantes del país á gusto del consumidor.

La crónica cortesana y de salones ha estado muy ocupada hace tiempo y más particularmente en los últimos días, de un duelo en perspectiva entre dos personajes que figuran en primera línea dentro de la situación. Contábase que ausente del territorio peninsular uno de los contendientes, su arribo á la península debía, acercando á los adversarios, llevar al terreno de los hechos las amenazas recíprocamente cambiadas con anterioridad. A fin de evitar toda controversia á las leyes, decíase que los retados se trasladarían á país extranjero para donde llegó á asegurarse habían salido las distinguidas personas que en calidad de padrinos debían figurar en el lance.

Llegadas las cosas á semejante altura parece que una elevada intervención se ha interpuesto, á fin de evitar el escándalo conque amenazaba la consumación del suceso, y asegurase que las valederas razones expuestas por el mediador, juntamente con los altos respetos debidos á su persona han desarmado la cólera de los que derechamente corrían á prestar voraz alimento á las murmuraciones de los no pocos ilustrados adversarios que va teniendo en España la gran preocupación emanada de los siglos caballerescos, preocupación de la que afortunadamente va dando fin en

la culta Europa la superior ilustración que ha desarraigado el duelo de las costumbres inglesas, y va labrando casi idéntico efecto en las de Alemania.

A. B.

Madrid 15 Julio, 1878.

### LAS REVOLUCIONES.

**E**l deseo natural y vehemente de los pueblos por llegar á un orden de cosas que responda en la vida á las vírgenes ideas y á los nuevos sentimientos del espíritu, y que vierta en el fecundo campo de los hechos la semilla que acaba de traer á sus conciencias el aliento de la civilización, explica cumplidamente, á nuestro modo de ver, esa lucha contra añejos hábitos y desvirtuados principios, que sólo puede sustentarse, una vez desacreditados unos y otros, por medio de la opresión del ánimo y de la tiranía del castigo, que corta las alas del ingenio y encadena los pies á la inamovible roca de la tradición y el estancamiento.

Si sólo rotas las ligaduras y espantado el opresor puede cumplirse el progreso, menester es que choque el derecho humano contra la sinrazón de la fuerza, y que fiada la misión moral al brazo armado, las revoluciones estallen.

No es, pues, como suele sostenerse, un imprudente afán por explorar en lo desconocido, ni un pueril antojo de cambiar de objeto, ni un criminal intento de dominar por el engaño, lo que arrastra á los hombres hacia las vías de la violencia y del estrago: no se derrama á torrentes la sangre, ni se conmueve todo el orden social, por huir del cansancio que produce lo conocido, perdiendo el bien seguro por el mal posible: no, no; los pueblos estallan como estallan las minas. Cuando acumulándose entre sus pliegues la pólvora de la indignación, más explosiva que ésta con la que cargamos nuestros cañones, el mismo tirano le aplica luego la chispa de su último abuso, entonces es cuando se desgaja y salta la roca; tras sus pedazos se desata el torrente de metales encendidos y de lava hirviente que abrasa cuanto encuentra, leyes, instituciones y gobiernos; orden, riqueza y vida; mas luego, aún en la fiebre que sigue, se reorganizan y tienden á la existencia, primero torpemente si se quiere, después con un carácter de arbitrariedad y de exageración lamentables, mas al fin con racional medida y fortaleza suma.

Entonces aparece el triunfo; entonces se recoge el fruto y se aprecia el valor de aquella gran obra, y suele por ellos olvidarse el horror de la escena y la extensión del desastre.

¿Es esta sacudida, terrible ciertamente pero grandiosa siempre, de los pueblos, originada por un nuevo capricho, por un fugaz deseo de cambiar para probar?

No, que si así fuera, serena la inteligencia después de la calentura, no volvería con innegable premeditación á levantar sobre sus ruinas muchos de aquellos edificios destruidos ántes por la ceguedad y ambicionados luego en la calma como guaridas de preciosos principios, y asilos de nobles y provechosos afectos; ántes bien, siguiendo la marcha lógica de aquellos tremendos planes que se suponen fraguados por la ambición y la osadía, sólo se verían alzar del suelo aquellas creaciones que pueden caber dentro del nuevo orden de cosas, y plantar á su lado aquellas otras que deben responder á los nuevos ideales, dados como razón del atentado y mantenidos como esperanzas del progreso.

Está probado con sólo abrir la historia, que siempre las revoluciones, cualquiera que sea el espíritu que las anime y el fin á que tiendan fueron provocadas; fueron la consecuencia forzosa de una existencia anómala y tirante, que haciendo incompatible la dignidad y el bienestar generales con las condiciones legales que el poder ofrece para la vida social, produce el desbordamiento de las masas, más ó menos ilustradas, pero que de un modo instintivo tienden á la satisfacción de sus necesidades, y á la defensa, por tanto, del más precioso de sus derechos.

Si en el orden físico sufrimos esas grandes tempestades de la naturaleza, considerándolas como medios necesarios para restablecer la armonía fatal que constituye la vida material; si el rayo hiende el espacio, y el volcán cubre de ardientes lavas la tierra, y el alborotado mar

forma la nube, y la nube se deshace en torrentes, manifestaciones todas de esa lucha titánica de elemento contra elemento de que la naturaleza es teatro, ¿cómo extrañar que en la sociedad humana y en el mundo moral, luchando pasiones contra pasiones, ideas contra ideas, verdades contra errores, ciencia contra ignorancia, libertad contra opresión, derechos sagrados contra vergonzosas tiranías, luz, en fin, contra sombras, se produzcan esas otras tempestades tan pavorosas, tan terribles, pero tan magníficas y tan fecundas como las del orden físico? ¿Cómo anatematizar esas grandes sacudidas sociales, si obedecen precisamente, como el planeta, á las leyes necesarias de la compensación, cuya base es el sagrado principio de la vida para el mundo y de la justicia para la humanidad; esto es, de la armonía y del bien siempre y universalmente?

Si las ideas que de un modo insensible se forman en el seno de la sociedad se desprenden ya maduras y caen por su misma gravedad sobre el orden establecido; si necesitando más espacio en que dilatarse y desenvolverse, chocan con hábitos y costumbres carcomidas, desprestigiadas é impotentes, ¿qué ha de suceder sino un trabajo de destrucción en que lo nuevo se abre paso á través de lo viejo para conquistar su reinado, pedir su turno de dominación sobre las conciencias y traer á la historia y al destino la parte que le está encomendada por decreto providencial y ley indefectible de la perfectibilidad humana?

Las revoluciones, pues, han sido siempre preparadas por la marcha segura y el progreso indefectible de las ideas y provocadas en su exteriorización por la más impertinente violencia y la más osada arbitrariedad.

La primera circunstancia enseña, que las revoluciones han sido, son y serán ineludibles, porque son necesarias; y la segunda, que sólo con suma tolerancia, ilustrada razón y humano sentido en los de arriba, podrán disminuir en su número y debilitarse en sus lamentables resultados; esperar la humanidad, el comedimiento, el tino en los de abajo, donde se supone la falta de ilustración y la sobra de coraje, es tan absurdo, como lanzar al fin sobre ellos una responsabilidad que sólo puede pesar sobre quien debió evitar y quiso ser el provocador.

Sin las revoluciones no hubieran salido de las tenebrosas catacumbas de Roma las sacrosantas doctrinas del Redentor; sin las revoluciones, llegarían á nosotros el ruido de las cadenas, los gemidos del paria y el estertor del ilota; sin las revoluciones, las negras almenas de los feudales castillos se alzarían dominando nuestras llanuras regadas con el sudor del siervo de la gleba y la sangre del vasallo mesnadero; sin las revoluciones, no hubiera la filosofía predicado la dignidad de nuestra conciencia, ni el imperio de nuestra razón sobre la vida y de la moral sobre la conducta; sin las revoluciones, en fin, aún serían medrosos gérmenes ocultos en el cerebro de algún elevado pensador esos grandes principios de libertad, justicia y confraternidad que hoy derraman su luz sobre los pueblos, refléjanse en el libro de nuestras leyes y se fijan sobre la corona de nuestros príncipes, amenazando fundirlas con su fuego.

Lo que tienen de malo las revoluciones no son esos cambios que producen en el orden político, religioso y social de los pueblos; es la violencia arrasadora de que se revisten cuando encuentran á su paso grandes obstáculos que derribar y hondas injusticias que deshacer.

No baje la violencia de lo alto: sea la libertad franca garantía para la marcha, y el bien del pueblo anhelo constante de los que gobiernan, y entonces una idea sustituirá á otra idea tan dulce y apaciblemente, como en el organismo una molécula sustituye á otra para el crecimiento del cuerpo y el sosten de la vida.

No es culpa de los pueblos, ni en nada disminuye la grandeza de las revoluciones, ni amengua su importancia, el que uno ó varios hombres se impongan á los demás durante la crisis y resulten enaltecidos pasada la efervescencia; esos hombres caerán de su elevado puesto mañana, si es cierto que les movió la ambición y que manejaban el engaño, bajo el peso de la pública indignación y de la providencial justicia. Ese nuevo tirano seguirá, sin duda, las huellas del anterior.

¡Oh! sin esos cambios, sin esos trastornos, ¿qué sería de la humanidad encerrada en tan reducido espacio, donde apenas halla aire para sus pulmones, don-



de en modo alguno encuentra satisfacción para su espíritu?

La revolución cambiará sin duda en sus formas; ya hoy ha cambiado; nuestras conmociones no son ya como las de ayer: la razón vá poco á poco alojándose en la historia para suavizar la serie de los hechos, enrarecer las manifestaciones de la fuerza y consumir de mejor y más acabado modo la realización del derecho.

Mientras que la conciencia no se exteriorice libremente y el pensamiento sea esclavo del poder, y la religión y la enseñanza estén vinculadas, y el libro se halle anatematizado, el sabio proscrito, el artista sofocado y el bracero ofendido, las revoluciones traerán, como cortejo necesario, gritos de dolor y de rabia, dejarán huellas de sangre y de incendio, y arrancarán con su solo recuerdo anatemas y maldiciones hasta de los tímidos y de las víctimas.

Mas dejad paso franco á las ideas nuevas; redimid del dominio de la tiranía y del despotismo; dejad que la inteligencia irradie y que la conciencia absorba, que la palabra cruce el espacio y la reforma la vida, y entonces vereis cómo las revoluciones semejan saludables sacudidas y naturales cambios que experimenta en sosegadas crisis un organismo sano y vigoroso.

La libertad fortaleciendo la razón, la justicia impregnando en las conciencias y el espíritu de fraternidad uniendo las almas, transformarán completamente la manera de ser de las revoluciones; y entonces la templanza y la calma serán quienes levanten templos y alcázares para las nuevas ideas.

¿Cuál será en tal caso el juez imparcial de los actos humanos? Quien realmente lo fué siempre: la razón humana, ayudada por la ley divina.

¿Cuál será el talisman precioso para la prosperidad general?

¡La libertad y el derecho!

SERVANDO A. DE DIOS.

Á S. A. R. LA SERMA. SRA. DUQUESA  
DE MONTPENSIER, EN LA MUERTE DE SU HIJA LA REINA  
DE ESPAÑA.

«De tal modo sufría  
Mi alma al verle sufrir, que yo pensaba  
Que algo por siempre en mi interior moría  
Y algo en mi pensamiento se apagaba.  
Era una lucha fuerte  
De dudas, de esperanzas, de temores...  
Para ser agonía  
No faltaba en mi ser más que la muerte,  
Pues apuraba todos sus dolores!» (1)

Esto pasó por mí cuando ví muerto  
Al hijo de mi amor, la sola estrella  
Del cielo de mi hogar y de mi vida;  
Y esto, señora, al recordarla á ella  
Tan buena, tan querida,  
Tan joven, tan feliz, orgullo y gloria  
De nuestra noble patria castellana  
Que al contemplarla sobre el régio trono,  
Que perfumaba su virtud y encanto,  
Mirar le parecía  
La aurora celestial de una mañana  
Que presagiaba un venturoso día;  
Esto también, con llanto  
Sentí que por tu mente pasaría  
Si pudiste pensar en tu quebranto!  
Pues, si dió variedades numerosas  
El Creador á sus obras inmortales  
Y en la naturaleza no hay dos rosas  
Ni dos estrellas en el Cielo iguales;  
De las madres las almas,  
Que en sus manos purísimas moldea,  
Se igualan de tal modo  
Que al sentir una sola  
No siente más ni menos, siente todo  
Lo que sentir pudieran  
Cuántas madres dolientes en el mundo  
Morir sus hijos vieran  
Llenas de horror y de pesar profundo.  
Por eso yo, señora,  
Que sé llorar, puesto que madre he sido  
Y mi hijo, mi esperanza bienhechora,

(1) Del libro *Recuerdos de un ángel*, consagrado por la autora á la memoria de su hijo único, muerto á la edad de seis años.

Como tú á tu Mercedes he perdido;  
Yo que amaba á la Reina  
Por buena y por sencilla  
Más que por ostentar sobre su frente  
La corona brillante de Castilla;  
Hoy llevo tristemente  
Á ofrecerte, no flores  
Que puedas consagrar á su memoria,  
Sino llorar contigo en tus dolores  
Y contigo al Señor pedir su gloria!

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz: 1878.

Á MI ESPOSA, EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE  
DE NUESTRO HIJO.

¡Por él no llores! Ángel del Cielo,  
Polvo ó ceniza, él es feliz;  
Que más dichosos son los que mueren  
Que los que viven para sufrir.  
¡Por él no llores! Si llorar quieres.  
¡Llora, bien mío, llora por tí;  
Y si en tus ojos lágrimas quedan,  
Tu triste llanto vierte por mí!

M. DE LA REVILLA.

Madrid: 1878.

LA VISION PRIMERA.

La tarde luminosa  
Desplegaba en el límite del Cielo,  
Como el flamenco al levantar el vuelo,  
Sus grandes alas de luciente rosa.

Cuánto amor! Cuánta calma  
El pecho inunda y la ilusión recrea!  
En la nube, que allá se balancea,  
Asciende leda á columpiarse el alma!

Ave de blanca luz, el pensamiento  
Que en el cerebro arde,  
Vuela al seno inflamado de la tarde,  
De santo amor y libertad sediento!

Oh! mi ensueño perdido!  
Fué aquella tarde de cambiantes rojos,  
Que mis ojos volaron á tus ojos  
Como vuelan dos aves á su nido!

¿Recuerdas ese instante?  
¿Lo que tu labio entonces me decía?  
¿La caricia, en el aire suspirante,  
Del alma tuya con el alma mía?

Me parece mirarte! —Del ocaso  
Te arrebató al crepúsculo mi anhelo,  
Flotando sobre el suelo  
La undosa falda de nevado raso!

Es tu misma mirada  
Esa que al fondo de mi pecho llega;  
Tu velo azul, cual niebla desgarrada,  
Ese que en torno de tus formas juega!

Es tu voz musical, tierna vibrando  
Con desmayado y soñoliento giro,  
Esa que viene á mí como un suspiro  
Y se aleja llorando!

Es algo tuyo, que tu ser revela,  
Que vive como el aire en tu ropaje,  
Esa fragancia de azahar que vuela  
De la fronda salvaje!

Tu nivea frente, aquella  
Que guarda como un sello de la cuna,  
No sé que blanco resplandor de estrella  
Y que inocente majestad de luna!...

Cariñosa vision! Dueño sin nombre  
De aquel primer cariño  
Que hiere y mata el corazón del niño  
Para que nazca el corazón del hombre!

Te alejaste de mí! —La flor temprana  
Se hundió en la noche del paisaje muerto!  
Te alejaste de mí!... y es un desierto  
La tierra americana!

Tan solo alguna vez, la planta leve  
Apoyada en el astro moribundo,  
En el instante breve  
De alzar la diestra y bendecir el mundo,  
Te descubre la tarde ante mis ojos,  
La sien orlada por la luz divina,  
Como luce la estrella vespertina  
En el incendio de sus velos rojos!

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires: 1878.

EL PIÉ DE MI NINFA.

Entre compactos breñales  
Que el paso imposible hacían,  
En otro tiempo crecían  
Bosques de áspero zarzales.

Nunca una flor elevó  
Allí su corola al Cielo,  
Nunca un fértil arroyuelo  
Aquel yermo fecundó.

Mas llega un momento en qué  
Mi ninfa pura y hermosa,  
Derramando hechizos, posa  
Sobre las zarzas su pié.

Su pié pulido y tan breve  
Y tan hechicero, en suma  
Que es cual globillo de espuma;  
Que es como un copo de nieve.

Y cual en rico vergel  
Vió brotar mi vista ansiosa  
De cada espina una rosa,  
De cada abrojo un clavel.

Á cada leve pisada  
Del ángel de mi fortuna,  
Brotaba al instante una  
Azucena nacarada.

Y el alma en dulce delirio  
Vió en tan celestial jardín,  
Ya columpiarse un jazmín,  
Ya abrir su cáliz un lirio.

¡Oh tú mi arcángel divino,  
Haz que se tornen en flores  
Los abrojos punzadores  
Que tapizan mi camino!

¡Pon tu pié en mi corazón!  
¡Huéllalo con tierno afán  
Y á renacer volverán  
Las flores de mi ilusión!

ELIAS MUJICA.

Santa Cruz de Tenerife, 1878.

Á PATROCINIO DE BIEDMA.

Tímido y débil hasta tí llegando  
Cual tenue luz que moribunda oscila,  
Un eco de mi lira está vibrando  
Que en tu oído al sonar tiembla y vacila.

Que estasiada se queda el alma inquieta  
Contemplando, señora, tu hermosura,  
Y al cantar tus encantos el poeta  
Le canta á Dios que te formó á su hechura.

Yo te miro gentil, pura y divina,  
Prestando inspiración, dando consuelo,  
Como la luna blanca y argentina  
Le presta galas al azul del Cielo.

Y al mirar tu sonrisa deliciosa  
Grabado miro, en tu semblante bello  
Como el matiz de la naciente rosa  
De fé y piedad el vívido destello.

Que brillas como el astro solitario  
Cuando en sombras la noche al mundo encierra,  
Y agitando su luz con giro vario  
Derrama su esplendor sobre la tierra.

Si Dios tal vez en su inmortal grandeza  
Al mundo te lanzó para que ufano  
Admirase tu gracia y gentileza,  
Y el poder ensalzara de su mano;



Si el nevado color de tu semblante  
Que la rosa más fresca envidiaria  
Inflama siempre el corazón amante  
Con raudales de amor y poesía;

Si son tus labios de carmin, tan bellos  
Que hasta el rojo coral causan enojos;  
Y hasta el Sol, con sus vívidos destellos,  
Envidia el fuego de tus negros ojos:

Si otros vates, con estro y donosura  
Rindiéronte en canciones su albedrío,  
Homenaje pagando á tu hermosura:  
¿Cómo negarte el homenaje mío?

ENRIQUE GILLIS.

Cádiz, Julio, 1878.

### ¡POBRES NIÑOS!

En el lecho postrado el triste padre  
Entre mortales ansias,  
Ya ni á la enfermedad ni á los dolores  
Que su apocado espíritu minaban,  
Consagraba sus últimos recuerdos:  
¡Sólo en ellos pensaba!

La madre amante á los pequeños hijos  
Y á su esposo miraba;  
Y á la vez que la pérdida del hombre  
Que amor, dicha y apoyo le otorgara,  
Lloraba la orfandad de aquellos niños  
Con lágrimas amargas.

Y entre tanto los pobres inocentes  
En la vecina estancia,  
Sin conocer el desamparo horrible  
Que iba á ofrecerles el fatal mañana,  
Con la alegría propia de los ángeles  
Reían y jugaban!

JUAN PEDRO BARCELONA.

Cádiz, Junio: 1878.

### ANDALUCES ILUSTRES.

#### DON LUIS GONZALEZ BRABO.

**D**ON Luis Gonzalez Brabo nació en Cádiz en 1811, y fueron sus padres D. Manuel, antiguo empleado en Hacienda, que llegó á desempeñar el cargo de subsecretario del mismo ramo, y Doña Maria Antonia Lopez de Arjona, señora de noble cuna, de mucha ilustración y piadosa. Educóse el joven en Madrid, cursó jurisprudencia en Alcalá de Henares, recibióse luego de abogado, y se incorporó al colegio de esta corte.

¿Quién no ha oído hablar de *El Guirigay*? ¿Quién no ha leído algunas de sus atrevidas *Cencerradas*? ¿Quién no recuerda el famoso nombre pseudónimo de *Ibrahim Clarete*?

Trazaremos á grandes rasgos las principales fechas de su historia.

En 1840 era capitán de la compañía de cazadores del 8.º batallón de la Milicia Nacional de Madrid; en 1841 fué elegido diputado á Cortes por la provincia de Jaén, perteneciendo en aquella legislatura á la fracción de los *trinitarios*, los que querían una regencia trina, contra la regencia única, la regencia de Espartero; combatió la insurrección del 7 de Octubre de 1841, pero escribió la defensa, que pronunció Roncali, del bravo y desgraciado general Leon—de aquel *rayo de la guerra*, que debía ser sacrificado, tal vez á causa de resentimientos personales, bajos é indignos.

Fué uno de los que más contribuyeron al alzamiento de 1843, para arrojar del poder á los *ayacuchos*; acompañó á Barcelona, en calidad de secretario, al general Serrano, actual duque de la Torre (que se titulaba ministro universal), redactando casi todos los decretos, proclamas, órdenes y demás documentos que el gobierno provisional expediera, y también tomó parte, á las órdenes del general Narvaez, en el simulacro de Torrejón de Ardoz.

Nombrado (Diciembre de 1843) presidente del Consejo de ministros, ministro de Estado y notario mayor de los reinos, leyó en el Congreso la célebre acta de acusación contra el Sr. Olózaga, su antecesor; suspendió unas Cortes que no le ofrecían mayoría compacta, y sin cuidarse de reunir las dentro del término marcado en el precepto constitucional, estableció franca y resueltamente una dictadura ministerial. Al llegar á este punto, escribe su biógrafo, el joven y malogrado escritor Pruneda:

«Audacia se necesitaba para arrostrar así las iras de un partido (el progresista), cuyo poder era aún formidable. Creyóse fácil derrocar un gobierno dirigido por un hombre que aún no había cumplido treinta y tres años. Dióse el grito de rebelión en algunas provincias, y contestó al reto poniendo á toda la nación en estado de sitio. La Milicia Nacional era un obstáculo á su plan de gobierno, y la desarmó con sólo un decreto. Tuvo noticias, ciertas ó falsas, de que algunos diputados estaban en relación con los sublevados, y sin consideración á su clase ni á la antigua amistad que con la mayor parte de ellos le unía, los encerró en calabozos públicos. Si fué vigoroso el ataque, no fué menos vigorosa la resistencia. En tan encarnizada lucha, jugó el todo por el todo, y puso su cabeza sobre un tajo, como él mismo decía. Desmintiendo todos los vaticinios y en contra de todas las probabilidades, dominó la formidable tempestad que, al parecer, debía aniquilarlo. Gobernó como quiso, sin trabas, sin cortapisas, sin vacilación, sin miedo, en plena dictadura.

Venció la insurrección, doblegó todo género de resistencias.»

Sólo un hombre como Gonzalez Brabo pudo, en verdad, permanecer en el gobierno por espacio de cinco meses, tan rícidamente combatido hasta por sus mismos amigos; pero la Corona no quiso aprobar el programa político que aquel le presentara.

Desde entonces hasta 1847 desempeñó el alto puesto de ministro plenipotenciario en Lisboa, y fué diputado en casi todas las legislaturas.

En 1854 saludó con entusiasmo á la joven democracia, y durante los cinco años del gabinete O'Donnell-Posada hizo alarde de cierto liberalismo, defendiendo en *El Contemporáneo* algunos principios de la escuela radical; mas fué nombrado luego ministro de la Gobernación, en 1865, bajo la presidencia del general Narvaez, y volvió á ser nuevamente el hombre del partido moderado, que no transigía en modo alguno con las exageraciones revolucionarias.

En la memoria de todos están los sucesos del 10 de Abril, y nadie se olvidará seguramente de aquella briosa campaña parlamentaria que sostuvo en el Congreso y en el Senado contra todas las oposiciones reunidas.

«Gonzalez Brabo—dice un biógrafo al llegar á este punto—era inaccesible al miedo: sus actos de 1844, de 1865 y de 1866 lo justifican.»

Era un modelo de padres de familia, un excelente amigo y caballero, un hombre de grandísima ilustración y vasto saber, á quien todos, amigos y adversarios, rendían justo tributo de admiración y de respeto. La Francia le había condecorado con la más alta de sus distinciones honoríficas, como España lo había hecho también; fuera del terreno político, Gonzalez Brabo había conquistado un sillón en la Academia Española, que dignamente ocupaba al lado de los primeros literatos del reino; era gran conocedor y amigo de las bellas artes, á cuyo estímulo había dedicado pensiones cuando rico, y protección y consejo cuando pobre; poseía una excelente biblioteca científica y literaria, no ociosa y empolvada como la de muchos, sino en ejercicio constante; si la pasión política ha podido injuriarle y calumniarle durante su vida dentro de la patria, hoy enmudece y se retracta en la patria misma que es donde lo conocen y donde con hidalga caridad guardan sus cenizas.

Porque de Gonzalez Brabo, cuyo talento, cuya energía, cuyo valor cívico, cuya actividad prodigiosa y fecunda nadie se atreverá á poner en duda, ni aun sus enemigos más encarnizados, nada queda ya en el mundo, sino los tristes despojos del hombre mortal, y una memoria imperecedera que pertenece á la crítica histórica.

Falleció en Biarritz, á consecuencia de la ruptura

de una neurisma, en la noche del 1.º de Setiembre de 1871.

¡Dios le haya acogido en su seno!

### UNA BODA.

#### I.

**E**L cielo llovía nieve sobre Varsovia, en triste noche. Parecía tejer un sudario para cubrir aquel cadáver. Todo lo que reina en el sepulcro, reinaba allí; frío, silencio, soledad. Por sus calles abandonadas pasaban de vez en cuando caballeros en pequeños caballos, los tártaros, como aves de rapiña que se lanzaron en aquella huesa. Y sin embargo, en medio de tanta desolación, brillaba una esperanza de vida, una aspiración de amor, una de esas flores que entre las junturas de los sepulcros brotan. Veíase en espacioso salón una joven que se probaba blanca corona de azahar. Era la corona de desposada que tenía apercibida para la noche siguiente, noche de sus bodas. Apenas contaba veinte años. Largos rizos rubios caían como rayos de luz sobre sus espaldas. Brillaban como un cielo sereno, sus azules ojos teñidos de melancólica felicidad. Al través de su tez veíase circular la sangre. Era tan apuesta, tan alta y tan elegante, que bien podía parecer, por lo ancho de su frente, por lo esférico de su cabeza, por el profundo azul de sus ojos, por su nariz aguileña, sus pronunciados labios, su erguido cuello y su majestuoso continente, la estatua que representaba el genio de su patria, que era Polonia.

Yo tengo para mí que esos pueblos esclavos, desolados, suelen dar en el tormento hermosas hijas al mundo nacidas de las más sublimes inspiraciones, de las inspiraciones del dolor. ¿No os acordáis de aquellas hermosísimas hijas de Israel que tañían sus arpas, bajo los sauces de Babilonia, que confundían sus lágrimas con las aguas de extranjero río, y que desarmaban con su hermosura á los perseguidores de sus pueblos?

#### II.

La joven dejó su corona de azahar, después de haberse cerciorado al espejo de que le sentaba bien, y corrió á una ventana como para mirar si alguno que esperaba venía ya. En aquel instante vió pasar envuelto entre las ráfagas del viento, entre los remolinos de la nieve, un pelotón de cosacos que juraban y maldecían de Polonia. Retiróse la joven horrorizada, y maquinalmente se asentó al piano. Dejó caer desesperada la cabeza contra el pecho, y recorrió con sus dedos las teclas. El instrumento produjo una melodía profundamente triste, una de esas melodías que son el lloro de toda una generación, la elegía del alma de todo un pueblo. Inmediatamente apareció en la puerta un anciano encorvado y vacilante que pronunció con horror estas palabras: «¿Qué haces? ¿No sabes que esa melodía, ese cántico de nuestros padres puede costarnos la vida?»

—Es verdad, abuelo, repuso la joven, es verdad, no tenemos patria.

—Yo creo que sí, dijo el anciano, yo creo que este pueblo, apedreado ayer como San Esteban, podrido como Lázaro, aún tiene esperanza.

—¿Dónde está?

—En Dios, dijo el anciano.

—¿Y cuándo nos oirá Dios?

—Cuando le hayamos desarmado con el martirio.

—¡Aún más mártires! exclamó la joven con acento desgarrador. Dos gruesas lágrimas, dos lágrimas se extendieron por su rostro como dos amargos ríos de dolores.

El anciano bajó los ojos y dijo:

—Aún tenemos esperanza si pensamos sólo en guerras.

¿Qué amor es posible cuando abrazas un cadáver? ¿Para qué engendrar, cuando engendras un esclavo? Maldito el corazón que á su amor egoísta sacrifica el amor á la patria; maldito el seno que engendra hijos para que los devore el tirano. Te probabas tu velo de desposada. ¡Infeliz! Las hijas de Polonia han nacido en un sudario. Su cuna es un sepulcro. ¿Qué será su lecho nupcial?

Y desapareció el anciano.



## III.

Después de oír estas palabras, quedóse María como muda y pasmada. Sin embargo, á los pocos minutos se recobró un tanto, y se dirigió á un cuadro de la Virgen que en el testero del salón brillaba. Madre mía, dijo doblando las rodillas; Madre mía, óyeme. El navegante, cuando las nubes borran las estrellas, cuando el viento levanta las olas, cuando el huracán ruge, te invoca y le oyes, y el cielo vuelve á lucir sus estrellas, y el mar se duerme como un niño, y el huracán se convierte en brisa, y las velas se rizan como las alas de un ave, y el barco llega al puerto. ¿Por qué, por qué no has de socorrer á un pueblo que se ahoga en un mar de sangre? Nuestras casas son panteones; nuestros lechos sepulcros; los altares de las iglesias, pesabres de los caballos tártaros; tus hijos de su furor despojo. Este pueblo se hunde, se sumerge en un mar de hiel, cuando le falta la voz, levanta á tí en demanda de auxilios sus manos cárdenas y ensangrentadas. Ya hemos sufrido la crucifixión. Ya hemos dormido largamente el sueño de la muerte al pie de nuestro Calvario. ¿No ha de llegar la hora de la resurrección para este Cristo de los pueblos?

La oración fué interrumpida por la presencia de un joven, que á pesar de traer su gorra de pieles y su capotón cubierto de nieve, sudaba. María se levantó y corrió á su encuentro. Es imposible que pudiera haber en toda Polonia una pareja más hermosa. Los dos jóvenes, los dos rubios, los dos altos, los dos de azules ojos, de blanca tez, los dos parecidos, con la diferencia de que él tenía toda la fuerza, toda la austera hermosura del varón, y ella toda la gracia, toda la delicadeza, toda la hermosura de lo que llama Goethe el ideal femenino.

Juntáronse sus manos, sus ojos, su aliento, sus almas. Reinó por algunos instantes ese silencio infinito que ninguna frase humana podrá expresar, ese silencio religioso que ha sido siempre la sublime elocuencia del amor. Si aquel éxtasis se hubiera prolongado en toda la dilatación de los tiempos, sería la bienaventuranza celeste. Esa electricidad de dos miradas que se juntan en un deseo; ese choque de dos almas que se confunden en una idea; esa armonía de dos corazones que laten unisonos; ese aroma de dos suspiros que se comprenden; esa unión de dos vidas indisolublemente ligadas como el alma y el cuerpo, como el ojo y la retina, como el pecho y la respiración, ¡ah! eso es el amor. ¿Por qué no decirlo? El amor es siempre egoísta, siempre; es el egoísmo sublime de la juventud, la concentración de la vida en sí misma, como para formar fuerza, y dilatarse, y extenderse en nuevos seres. Como dijo el más sublime de los poetas modernos, el amor es el egoísmo de dos. Para él no hay en sus instantes de arrobamiento ni patria ni humanidad; no hay más que él mismo: toda la tierra es el espacio que el ser amado habita y toda la humanidad está en el ser amado compendiada. Y hé aquí por qué María lo olvidó todo en aquel momento: las palabras del anciano, la tristeza de su corazón, la patria desolada, los alidos de los cosacos, su oración, sus lágrimas; no veía la tierra desde el cielo de su amor, compendiado en los azules ojos de su amante, donde se había reconcentrado toda su alma.

## IV.

¡Cuán felices eran aquellos momentos! El joven acariciaba la idea de sus bodas como el logro de todos sus deseos, como el término de una ambición que había llenado toda su vida. Amó á aquella mujer desde niño, desde que los primeros sentimientos brotaban de su alma. Mil obstáculos insuperables, mil contrariedades le habían combatido. Su amor inmenso le llamaba á María, y el destino le apartaba de María. Por fin, después de luchar y reluchar; después de consumir años enteros en una desesperación inmensa, se encontraba en la víspera de su boda. Contaba con impaciencia los minutos que faltaban para sellar con un juramento eterno la alianza de dos corazones nacidos el uno para el otro, dignos de confundirse en una sola vida. La aspiración de su ser, á los veinte y dos años, cuando toda la imaginación es color, toda la inteligencia luz, todo el sentimiento pasión, todas las ambiciones amor, era ¡oh! era unirse con la mujer de sus ensueños. No mira el satélite al planeta, el planeta al Sol, el ruiseñor su

nido, el arroyo al Cielo, ni el Cielo á Dios, como aquel amante miraba á su amada. No sabría yo, pobre narrador de esta historia, no sabría decir cuánto le decía, repetir sus palabras entrecortadas. Aún no ha nacido pintor que haya retratado el fondo de unos ojos enamorados. Aún no ha nacido músico que haya transcrito la nota de un suspiro de amor. ¿Dónde está el escritor capaz de repetir las palabras de un pecho enamorado? Más fácil es repetir el rumor inmenso que levantan á las alturas las olas del Océano. El corazón henchido de amor es el universo. De amor, de esperanza, de felicidad estaba henchido el corazón del joven Ladislao. Los dos habían olvidado el mundo. ¿Qué valía para ellos la patria, cuando el íman de su amor los alzaba al cielo?

## V.

Aquel arrobamiento es interrumpido, sin embargo, por el anciano, que entra y exclama:

«Amar, amar cuando Polonia está en tierra cubierta de ceniza y de sangre, amar es un crimen. ¿No oís hienas que machacan entre sus dientes los últimos restos del cadáver? ¡Y sois felices! Mirad, mirad; y se descubría el pecho; una, dos, tres, cuatro, cinco, seis cicatrices. Por ahí he vertido la sangre de mis venas, por ahí han saltado pedazos de mi corazón. He encañecido en Siberia. Me he encorvado bajo el peso de mis cadenas. Ya no tengo fuerzas para vivir, y aún tengo fuerzas para aborrecer. Polonia puede levantarse. Si hoy es ludibrio del mundo, mañana será el ángel exterminador de los tiranos. Ladislao, vé á morir por Polonia. María, envíale á la muerte. Vuestro primer beso de amor será maldecido, porque podrá dar de sí el alma de un esclavo. Si mañana Varsovia no se levanta de nuevo á pelear, pasado mañana ireis atados codo con codo á Siberia. Que vuestro pecho sea todo odio, que vuestros brazos sean lanzas, que vuestro aliento sea fuego; porque yo, anciano, yo que he caído cien veces en los campos de batalla, voy á morir por fin sobre el seno de la patria esclava.»

Y el anciano quiso erguirse y echar á correr como un joven; pero sus piernas flaquearon, y cayó de rodillas ante el cuadro de la Virgen. En tal sazón, oyóse una gritería confusa de «Viva Polonia,» y el ruido de una descarga cerrada.

## VI.

El joven Ladislao señaló al anciano, señaló al cielo y estrechó fuertemente contra su corazón á María.

—¿Te vas? preguntó la joven.

—Me voy, María, me llama la patria.

—Es el ruido del viento, dijo María.

—No, es el ruido del combate, le replicó Ladislao.

—Por piedad, ¿y nuestro amor?

—¡Nuestro amor! ¿pues qué, preguntó el joven, nuestro amor no había de durar sino lo que dure la vida?

—¡Mañana! dijo María, ¡Mañana!

—El corazón me dice, exclamó Ladislao, «el corazón me dice que mañana serás mía.» En esto se oyó una descarga más cerca...

—¡Ladislao! exclamó María, por Dios...

La joven no se atrevía á decirle que no partiera, pero le añadía para engañarse á sí misma:

—Ladislao, es el viento.

—No; dijo el joven, es el alma de la patria.

—Adios; mañana de todos modos, exclamó María, será nuestra boda.

El joven se lanzó á la calle, y María fué á caer al lado de su abuelo, ante la imagen de la Virgen.

## VII.

Un día entero de combate. La sangre ha corrido durante largas horas. Los hijos de Polonia han peleado de nuevo. Todos los hombres se han lanzado al campo, todas las mujeres á los altares. María reza y llora. Del fondo del abismo de su desesperación sólo se levanta una plegaria. Sucede una nueva noche. El ruido del combate ha cesado. El éxito no es dudoso. Polonia lucha sabiendo que cae. Un silencio inmenso reina sobre la ciudad. Aquella debía ser la noche de la boda de María. Su corona de azahar está allí, el velo está allí; pero su amante no está. María le aguarda y no viene; María le llama, y no responde. La joven desvaría. ¿Dónde ha sido el combate? Fuera de sí, loca, se ciñe la corona, se prende el velo y se apéñe á irse. ¿Dónde estará Ladislao? Pregunta á su abuelo

que yace expirante al pie de la Virgen, expirante de dolor y de fatiga.

—¡Felices los que mueren en el Señor! contesta el anciano.

María lo comprende. La noche es oscura; la nieve cae. La joven vestida de blanco, envuelta en el velo, sola, entre el torbellino del viento, parece la estatua de un sepulcro que anda, ó el alma de una virgen que vuelve del Cielo.

Sus sienes laten, y late su corazón, como si se dirigiera á su tálamo nupcial. Vá á las afueras de Varsovia, al lugar del combate. Registra con sus manos anhelosa los montones de los muertos. Las sombras son tan espesas que no puede distinguir los rostros. En esto oye un gemido que es el último gemido de una vida que se apaga.

—Es él, grita, es él.

Un rayo de luna rompe las nubes. María reconoce el rostro de Ladislao, lívido, teñido por las sombras de la muerte. Pone la mano sobre su corazón; no late. Pone el oído sobre su pecho; no respira.

—Has muerto, dice sin lanzar un ¡ay! En esta noche debías recibir mi primer beso de amor.

Y clavó sus labios ardientes sobre los fríos labios del cadáver. Sorbió en su beso la muerte. Al día siguiente llevaban en carros al cementerio los cadáveres de los insurrectos, y entre ellos, el cadáver de una joven hermosísima envuelta en su velo de desposada.

¿Sabrían los sepultureros el secreto de aquella muerte?

No lo sé.

Ignoro, pues, si los dos cadáveres se juntaron en una misma huesa.

EMILIO CASTELAR.

Madrid.

## LA SIERRA DE CÓRDOBA.

## LAS ERMITAS.

## I.

¡Qué hermosa es Andalucía! ¡Qué cielo tan espléndidamente azul; qué horizontes tan ricos en fulgores y transparencia! qué suelo tan florido; qué brisas tan perfumadas!...

Aquí la luz es tan viva, que en los reflejos del Sol parecen brillar, entre un cernido polvo de oro, partículas de brillantes.

Las noches tienen una sombra suave y dulce; parece que las estrellas están más cerca de la tierra, según se ven brillar sus numerosas facetas.

Los ríos bordan sus cauces de juncias y espadañas; los lagos parecen espejos ceñidos de marcos de flores.

Los árboles tienen rumores dulcísimos, como si sus hojas se moviesen en una blanda cadencia, combinada por un artista sublime.

Esta belleza es más visible, más ardiente, más rica de exuberancia en esta deliciosa Sierra, que llaman *Morena*, acaso porque ese es el más bello de los colores para los hijos de Andalucía, donde los bravos mozos del pueblo suelen cantar:

«Morena pintan la Virgen,  
Morena la Magdalena;  
Y moreno el bien que adoro;  
¡Viva la gente morena!...»

Nada hay más hermoso que esas vastas soledades pobladas de árboles y alfombradas de flores.

El invierno pasa por ellas disfrazado con el manto de la primavera, y pasa tan de ligero que no se siente su paso.

Aquí no hay hielo para las flores, ni hay nieve para las rocas.

Aquí hay sólo torrentes de luz, ráfagas de perfumes, ecos armoniosos que se desprenden del ramaje, y rumores suaves que levantan los arroyuelos.

La sierra de Córdoba, donde estos ligeros apuntes se escriben, es una de las más hermosas maravillas de nuestro suelo. La antigua ciudad, patria de tantos españoles ilustres, se extiende en la falda de la Morena Sierra, como una linda coqueta en almohadones de verde terciopelo.



Los naranjos, los limoneros, los jazmines y tantas riquísimas flores, que apenas se ven en otros puntos de España, brotan aquí con profusión, en una encantadora competencia que engalana sus paseos, sus jardines, los balcones de sus viejas casas y las cabezas de sus hermosas hijas.

Aquí se respira la poesía, aun antes de comprenderla, porque el pensamiento se impregna del sentimiento de lo bello, no en la belleza del arte, sino en la belleza siempre nueva de nuestro rico suelo, en donde la naturaleza arroja sus mejores tesoros. Al llegar al pie de la erguida sierra que protege á Córdoba, el corazón se ensancha y el pensamiento se dilata; el aire puro del monte, saturado de aromas, refresca la frente con una oleada suave que parece renovar los pensamientos.

La vista asombrada se fija con encanto en aquella vegetación gigante, y se detiene, como el pájaro en la rama para tomar aliento, en unos pequeños edificios blancos, ocultos en aquel ramaje verde como palomas que durmiesen en su nido. He dicho que en ellos descansa la vista, y he debido decir que descansa el corazón, porque el alma asocia siempre á toda idea grande la idea de Dios, y esos pequeños muros blancos que atraen las miradas atraen el corazón también, pues son las *Ermitas*, los asilos de paz en donde los solitarios del desierto consagran á Dios una vida llena de fé, de virtudes y de amor.

Diez y ocho son las ermitas esparcidas entre la espesura del bosque, y nada más austero, más puro, más sencillamente poético que esos asilos de meditación y penitencia.

Cada una ocupa un reducido espacio, dividido en una pequeña chimenea para confeccionar sus frugales viandas, y en una misera alcoba, donde duermen ese inquieto sueño que á cada hora interrumpe la campaña, misteriosa vigilante que parece advertirles la marcha rápida del tiempo, lo inútil de los goces humanos, y el desvelo en que el alma debe estar para no olvidar á su Dios.

¡Ah! ¡Qué bello es esto!...

Cómo la idea de la majestad divina presta grandeza á unas pobres ermitas que no tienen otro adorno que la cruz, ni otro recreo que un pequeño jardinillo que se extiende ante ellas, como si las flores, por mandato de Dios, premiasen con sus galas aquella virtud sublime.

Protegiéndolas á todas, como una reina entre sus fieles cortesanos, se eleva la modesta iglesia, en donde aquel pueblo de anacoretas se reúne para orar.

Una campana les llama, y los austeros penitentes, á su religioso sonido, abandonan sus tareas y vienen á arrodillarse ante la imagen sencilla y poética de una Pastora divina, de la Madre Dios, que sobre los riscos de la sierra se eleva en un camarín, casi agreste, desde el cual parece velar por su piadoso rebaño.

La impresión que produce la suave calma del templo, en donde entre una sombra vagarosa se vé á la Virgen Purísima, y por la ventana los riscos en que su camarín se asienta, aquella sierra de eterno verdor y aquel cielo de purísimo azul; el silencio místico de aquel asilo sagrado; la presencia de algún ermitaño, que arrodillado ante el altar parece absorto en su oración sin percibirse de lo que le rodea; aquella frente serena y tranquila, en que resbala el vago reflejo de una lámpara que oscila; aquellas manos que se unen con fervor como para ofrecer á Dios el corazón en ellas; aquel rumor leve, como el de las alas de una mariposa, que brota de los labios del ermita, y que, aunque nada nos dice comprensible á los sentidos, produce, sin embargo, la santa armonía de una oración que embelesa el alma; todos estos pequeños detalles, reunidos en un conjunto de sensible austeridad, de dulce virtud, ejercen tal influencia sobre el espíritu, sobre el pensamiento, que el visitante de aquellos sitios sagrados cae también de rodillas, y une su oración ferviente á las santas oraciones de los solitarios.

Yo, al penetrar en este templo, al contemplar esas pequeñas ermitas, humildes y pobres de los goces y riquezas de la tierra, pero tan llenas de los dones del cielo, de los tesoros de la fé y de las gracias espirituales, he sentido mis ojos llenos de lágrimas, y al mismo tiempo que bendecía desde el fondo de mi alma la santa virtud de los hombres que las ocupan, pedía á Dios su protección para ellos; pedía que las oleadas del siglo no lleguen hasta aquí, para arrojar de nuevo á es-

tos seres que, huyendo de falsos placeres y de grandes dolores, han buscado en la vida ascética y contemplativa la perfección posible en la miseria humana: la perfección por el sacrificio, por la virtud, por el olvido de sí mismos, para ofrecerla á Dios como homenaje del mundo.

En 1836 fueron arrojados ya, y el modesto templo quedó sólo; los jardinitos se perdieron; las ermitas se derrumbaron. ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas costaría á los pobres solitarios dejar aquellos sitios queridos!...

¿A dónde ir? Ellos no conocían ya el mundo, pues al dejarle, Dios les había concedido el olvido.

¿Quién cuidaría en adelante de aquellos sencillos sepulcros en que otros eremitas, más felices, descansaban?

¿Quién sembraría aquellas flores que se enlazan á la sencilla cruz que marca una sepultura, como para demostrar que al abrazarla en la vida se nos adorna con las galas del cielo? ¿Quién limpiaría del follaje de las hojas secas que arrastra el viento en la sierra aquellas piedras sencillas, en que la piedad ha grabado el nombre del que fué un hermano, y en las cuales suelen hallarse, asombrando al viajero que las contempla, nombres ilustres, según se entiende la grandeza en el mundo, que arrojaron en los umbrales de éste su nobleza y poderío para ir á buscar la calma en la soledad de un desierto y en el amor de Jesús?

¡Ah! ¿Quién haría todo esto si se les expulsara por segunda vez? ¿Por qué el hombre, en todos sus extravíos, se vuelve contra aquel que ve más bueno, más grande, más noble, como para vengar en él su pequeñez miserable?...

Todas las convulsiones sociales, á las que la moderna indiferencia llama revoluciones, se marcan con actos de crueldad inútil, de alardes insensatos, que vienen á herir á seres inofensivos, á seres que edifican con su ejemplo purísimo, á seres que debían ser considerados y respetados como modelos sublimes que Dios permite aquí abajo.

¡Quiera Dios que no lleguen á la hermosa sierra de Córdoba, á sus piadosas ermitas, las oleadas revolucionarias! ¡Quiera Dios que los hombres respeten esos pequeños asilos, que forman una cripta religiosa, adornada con la poesía celeste de la fé, adorno bendito que dice al alma más que todas las bellezas de la tierra!

¡Déjenles su paz y sus sueños, sus oraciones y su soledad!... Casi me parecía una profanación esta visita de la curiosidad mundana al retiro santificado con la oración en que los ermitaños se ocultan.

Al ver á alguno de ellos que, al sentirnos, se alejaba con paso presuroso entre aquellos floridos muros de enramadas, me detenía, y á ir sola, me hubiera vuelto y hubiera pedido perdón á los solitarios por haberles turbado en su retiro.

¿Cuántas veces estos curiosos viajeros habrán despertado tristes recuerdos en los piadosos ermitaños, cuando ya tuviesen vencida por la piedad esa tempestad de emociones que se levanta en el alma, al querer arrojarlas de ellas para siempre!...

¿Cuántas mujeres al pasar indiferentes por aquella sierra para observar, como un objeto extraño, las moradas humildes de los anacoretas, habrán despertado con su imagen, en la memoria de éstos, el recuerdo de una hermana, de una madre ó de una amante!...

He oído allí mismo, sentada sobre un picacho de la sierra, en tanto que combinaba hermosos ramos de flores con las que habíamos cogido en nuestro paseo, una historia triste y dulce, de uno de los ermitaños, que ya no existía; se había dormido al sueño eterno en una ermita que yo veía sobre mi cabeza.

Hacia muy pocos días; la ermita aún no estaba ocupada; el jardinillo lucía sus lindas flores como esperando al nuevo dueño...

Es una historia triste... que prometo contaros en breve.

Ahora termino para aconsejar á mis lectores que visiten la sierra.

Las bellezas de la naturaleza y las bellezas de la religión darán en ella contento á sus sentidos y ternura á su alma.

Yo no escribo para los escépticos; yo creo, y escribo para los que creen; á ellos les aconsejo que vengán á la hermosa sierra de Córdoba; que recen á la dulce Virgen que en forma de una gallarda Pastora tiene su templo en ella, y que confirmen su fé en la contempla-

ción de unos hombres que hacen de la virtud el trono purísimo del nombre de Dios.

PATROCINIO DE BIEDMA.

## NOTICIAS.

El *Ateneo Barcelonés* ha felicitado cariñosamente á nuestra Directora por el éxito que ha alcanzado su proyecto de formar una *Federación literaria* en Andalucía, ofreciéndole al par que sus plácemes, su cooperación para dar á conocer en Cataluña tan importante idea. El discurso de apertura del Congreso literario leído por la señora de Biedma, ha producido entre los catalanes vivo entusiasmo y gratitud por el bien que ha de reportar á las literaturas regionales que constituyen la literatura española, una asociación que desde luego promete hacer desaparecer la decadencia de las provincias, igualándolas á la corte.

Damos las gracias á los Sres. Nanot, Renart, Vadillos, Rahola, Zulueta, Godo, Ventalló, Ladiko y Jaumeandreu por su felicitación y ofrecimientos, y debemos asegurarles que la *Federación literaria* tendrá un honor y un placer en que la noble y activa Cataluña se le anexe, y lo tiene igualmente en contar con su aprobación y valioso apoyo. Las grandes ideas inspiran sentimientos grandes, y la de unir íntimamente la inteligencia para prestarse valor, tiene que ser acogida por la juventud entusiasta como una esperanza del porvenir. La felicitación de nuestros amigos de Barcelona nos es gratísima, más que por la aprobación que ofrece á nuestra idea, por la esperanza nuestra que realiza de atraer á tan noble institución á cuantos honran hoy á su patria como hombres de talento y de corazón.

Nuestros lectores conocen ya la delicada composición de el insigne novelista D. Manuel Fernandez y Gonzalez, dedicada á S. M. la Reina (q. e. e. g.), y creemos les será grato conocer también la que el Sr. Hartzenbusch dedica á las *Coronas poéticas* que se publicarán en Madrid.

Hé aquí la del ilustre escritor, gloria de la literatura patria:

La triste nueva de su fin recibí.  
Era flor de virtud, joven y bella.  
Yo, viejo inútil, vivo...  
¿Quién fuera digno de morir por ella?

Hé aquí también las que nuestra Directora ha enviado á Madrid con el mismo objeto:

Morir joven, y amada y bendecida,  
Como ella... eso es vivir!...  
Luchar hasta cansarse de la vida...  
¡Eso sí que es morir!...

### ¡MERCEDES!

¿Quereis saber la historia de la Reina?  
Nacer... amar... morir!...  
¡Nada más! Dios no quiso que dijese:  
Temer... llorar... vivir!...

Hemos recibido, y lo agradecemos infinito, el discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. José de Cárdenas en la sesión del día 7 de Junio último. Este discurso forma un elegante folleto.

También ha llegado á esta redacción, é igualmente apreciamos el recuerdo, la *Memoria dirigida al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra por el consejo de gobierno y administración del fondo de redención y enganches del servicio militar*.

Recomendamos á nuestros lectores la *Guía completa de París y la Exposición*, de Mr. Galtier y Barthelemy, que contiene todas las novedades que puedan interesar hasta en los menores detalles, escritas por orden alfabético para mayor comodidad del lector, que puede, como en un diccionario, buscar en ella cuantos datos necesite en un momento.

Es una *Guía* que ha obtenido un éxito admirable, gracias á lo perfecto del trabajo, y á lo notable del plano en colores que lleva tomado de el que se ha hecho en el ministerio de la agricultura de París.

Cuesta un franco, y á los Sres. libreros que hagan pedido se les rebaja el 25 por 100. Pueden dirigirse los pedidos al *Bureau de la Correspondence Francaise et Etrangere*, 59 Avenue de la Bourdonnaye, y las libranzas á la orden del Director.

Los expositores pueden también dirigirse á esta casa para que las procure agentes fieles y seguros que puedan



representarlos. Igualmente admiten suscripciones á todos los periódicos del mundo.

Como ha de interesar á muchos de nuestros lectores de fuera de esta plaza conocer sus establecimientos balnearios, insertamos con gusto las siguientes noticias de los cómodos y agradables *Baños del Real*.

El contratista que ha tomado á su cargo este útil establecimiento, deseoso de proporcionar al público todo género de comodidades y ventajas que se puedan reunir, no ha vacilado un momento en hacer cuantos gastos y sacrificios han sido necesarios para que en este año como en los demás de su contrata, no puedan echar de menos los bañistas las que les faciliten los mejores en su clase.

Para ello ha aumentado suficientemente el número de casetas, ensanchando las galerías, tanto de señoras como de caballeros; abasteciéndolas de tocadores, palanganas, agua dulce y demás útiles necesarios de comodidad y buen servicio, aumentado en número suficiente los bañeros de ambos sexos, así como también han sido colocados puentes que partiendo desde las galerías vienen á finalizar lo más próximo posible á la orilla del mar, con sus correspondientes toldos y pasamanos, á fin de evitar que como los años anteriores moleste el piso de arenas secas y el Sol. Un magnífico toldo de grandes dimensiones ha sido situado delante de las galerías, suficiente á proyectar la sombra necesaria á los bañistas durante el tiempo que se encuentran en el agua. El aumento de otra escalera proporciona más comodidad á la bajada de las casetas.

Igualmente ha sufrido mejora la galería alta destinada á descanso, siendo lujosamente adornada con flores, fuente y demás objetos necesarios para embellecer dicho sitio; habiéndose colocado un piano, que amenizará con sus acordes las horas de concurrencia de mañana y tarde.

El trecho que media entre la calle de la Rosa y este local, formará una galería cubierta, á fin de evitar los rayos del Sol, causa porque muchas familias se han retraído en los años anteriores de concurrir á este establecimiento.

Los Jueves y Domingo habrá lanchas disponibles y convenientemente tripuladas para que las señoritas que gusten pasear por la ensenada puedan hacerlo, sin retribución de ninguna clase.

Después de todo lo mencionado, sólo resta añadir que los citados baños se hallan recomendados en todas las provincias por la Ciencia Médica, como los más sanos por sus claras, salubres, puras y transparentes aguas, quedando abiertos y á disposición del público desde el día 10 del próximo Julio.

A pesar de tantas comodidades, no por eso han sido alterados en lo más mínimo los precios de costumbre, así como tampoco en las ropas de alquiler.

Entradas con galerías un real.—Abono de 24 baños 20 reales.

El día 10 salió de este puerto para la Habana la simpática y distinguida señora del general Martínez de Campos, á la cual tuvo nuestra Directora el placer de saludar en su breve estancia en esta. La Sra. de Biedma, que á más de el deber de amistad y simpatía, cumplía al despedirla un honroso encargo recibido por telégrafo de ilustres personas de Madrid y Barcelona, no pudo tener este honor por el calor de la hora de la partida (las 12 del día), y hallarse ligeramente indisputada, pero contestó con una afectuosa carta á la tarjeta de despedida de la Excmo. Sra. de Martínez de Campos, y le manifestaba el recuerdo afectuoso de los que la favorecían con el encargo de decir «adiós» á la ilustre esposa del invicto caudillo.

El Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, siempre galante y atento al cumplimiento de sus deberes, como corporación formada de personalidades distinguidas, hizo esperar á la puerta de la Santa Iglesia Catedral el día de las honras fúnebres en sufragio por el alma de S. M. la Reina, (q. e. p. d.) á las Excmas. Sras. de Martínez Campos, de Sawa y de Biedma, y no sabemos si alguna más, para conducir las al lugar preferente que entre los convidados tenían designado.

Por nuestra parte agradecemos infinito esta atención hacia nuestra Directora.

Hemos recibido un folleto consagrado *A la memoria de la Reina de España, Doña Mercedes*, muerta el 26 de Junio de 1878. Lo agradecemos infinito.

Felicitemos á nuestro joven amigo D. Manuel de Dios por haber recibido la investidura de licenciado en Medicina, y auguramos al nuevo médico, dadas sus condiciones de inteligencia y carácter, un brillante porvenir.

Hemos recibido el primer número del segundo semestre de la magnífica *Revista de Estadística* que se publica en Barcelona bajo la inteligente dirección de los señores Bercal y Maymir.

Nuestro digno Gobernador y distinguido amigo Don Federico de Sawa, ha salido de Cádiz por breves días, con el objeto de tomar baños. Le deseamos un feliz viaje.

En la América Española, y en algunas repúblicas americanas, van á formarse las *Federaciones literarias* con las mismas bases que la de Andalucía, dadas por nuestra Directora, y bajo la aprobación y consejo de la Sra. de Biedma. Con más espacio nos ocuparemos en el número próximo de tan importante asunto.

#### OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

*El Héroe de Santa Engracia*, poema épico.  
*Guirnalda de Pensamientos*, poesías.  
*Recuerdos de un ángel*, elegías.  
*Dramas íntimos*, episodios en verso con la biografía de la autora.

#### NOVELAS.

*Blanca*. *El testamento de un filósofo*.  
*Cadenas del corazón*. *El odio de una mujer*.  
*El capricho de un lord*. *El secreto de un crimen*.  
*Sensitiva*. *Las almas gemelas*.  
*La botella azul*. *La flor del cementerio*.

#### EPISODIOS.

*¡Dos minutos!* *Una historia en el mar*.  
*Desde Cádiz á la Habana*. *Fragmentos de un álbum*.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

## ANUNCIOS.

### ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

## TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados estensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

### CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo quinto de la nueva serie, con la tercera edición de la novela

## LA NUBE NEGRA.

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo.—*El Vellochino de oro y Fea y pobre*, un tomo.—*La manzana de la discordia* y *El Sueño de la felicidad*, un tomo.—*Madrid por dentro*, dos tomos.—*Anatomía del corazón*, dos tomos.—En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs.—*Fábulas en acción* 7 rs.—*Los Mártires del amor*, 5 rs.—*El escabel de la fortuna*, idem.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LAS LLAVES*, 40 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 43, en Madrid, remitiendo el importe.

## LA HIGIENE DEL HOGAR

POR

EL DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Esta obra es indispensable para que las familias estén al corriente de todos los permenores de la *Higiene*.

No hay detalle que no abarque, con un estilo claro, sencillo, y según los principios más severos de la *Higiene*, sin la cual no es posible que en las casas pueda haber salud y alegría.

Es obra que puede servir de consulta para todos los casos, desde el más árduo, hasta el que parezca más trivial. Todas las clases hallarán en ella mucho que aprender, para su utilidad y buen gobierno.

Los establecimientos de enseñanza, los talleres, las fábricas, las embarcaciones y todos los centros donde se reúnan muchas personas no perderán nada en adquirir este libro.

Los médicos, cirujanos y farmacéuticos, harán un servicio á las familias, propagándolo y recomendándolo.

Véndese á 2 pesetas en toda España, pidiéndolo, previo pago, á la Administración de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*, Barco 2, Madrid.

### LECTURAS PARA LAS DAMAS.

### BIBLIOTECA

DE

## NOVELAS ORIGINALES

DE

FAUSTINA SAEZ MELGAR.

Precio de un tomo, una peseta en toda España.

Los corresponsales fijarán el precio en el extranjero y Ultramar.

Administración, calle de Jacometrezo, núm. 61, 2.º, Madrid.

### OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

### NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

### EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía *La Mercantil*, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

### VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

### OBRAS DE TEXTO ESCRITAS

POR

## MARIA DEL PILAR SINUÉS.

*LA LEY DE DIOS*.—Diez preciosas leyendas basadas en los preceptos del Decálogo. Sexta edición ilustrada con láminas.—Precio, 6 rs.

*A LA LUZ DE UNA LÁMPARA*.—Colección de cuentos morales interesantísimos. Cuarta edición.—Precio, una peseta.

Estos dos libros, que tienen concedidas por el Gobierno de S. M. las más grandes prerogativas, y que acaban de ser el objeto de un brillantísimo informe de la inspección especial facultativa de primera enseñanza pública de Madrid (que vá al frente de estas nuevas ediciones), se venden en todas las librerías, y en casa de la autora, calle de Vergara, núm. 4, cuarto tercero izquierda, Madrid.

Según los pedidos, se hacen considerables rebajas.

*COMBATES DE LA VIDA*.—Un hermoso tomo en 8.º francés, que contiene dos novelas originales de la misma autora, tituladas: *MECERSE EN LAS NUBES*, y *UNA HIJA DEL SIGLO*.—Se vende al precio de 40 rs., en los mismos puntos que las obras de texto.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.  
Sacramento, 39 y Bulas 8.